

que despues de unas solicitudes tan ejecutivas, y de una bondad tan señalada de parte de Dios, no se convierte, aun difiere el convertirse. ¿Qué es lo que puede servir de pretesto y de excusa á su obstinacion, por poca religion que tenga? ¿puede ignorar el peligro en que está de ser eternamente infeliz si vive en el pecado? y si no lo ignora, ¿qué es lo que puede retener á una persona á quien resta aun un vislumbre de buen sentido, una tintura de religion; qué es lo que puede retenerla en el precipicio, cuando se le presenta la mano que puede sacarla de él? ¿qué puede moverla á perseverar en el estado de pecado, cuando Dios la ofrece su gracia? ¿Qué es lo que puede retener al pecador? ¿Es la severidad de un Dios, justamente irritado por sus desarreglos y sus desórdenes? mas despues de la parábola de nuestro Evangelio, ¿puede dejar de ver anticipadamente la alegría que tendrá todo el cielo por su conversion y su vuelta? ¿Podia ofrecer el Salvador ninguna cosa mas á propósito para calmar nuestros temores, animar nuestra timidez, serenar aun nuestra confusion, é inspirarnos una dulce confianza en su misericordia, que esta parábola? Todo el cielo debe concebir mas alegría por nuestra conversion, que la que tiene por la perseverancia de los justos; el mismo Dios celebra, por decirlo así, una fiesta por nuestra vuelta á él. Tan terrible como es para el pecador cuando muere en el pecado, tan dulce, compasivo, misericordioso, amable é indulgente es cuando el pecador detesta sus pecados mientras le dura la vida. La muerte en el pecado enciende los fuegos eternos é irrita la cólera de Dios, y arma su venganza por toda la eternidad contra el pecador muerto en su desgracia; al paso que la conversion del pecador, su dolor sincero, su arrepentimiento, desarma su cólera, reanima, por decirlo así, toda su bondad para con el pecador, y le hace olvidar todos sus crímenes. Y á vista de todo esto, ¿se difiere la conversion, se vive y se muere en el pecado?

¡Ah Señor! emplead toda vuestra misericordia para impedir que me suceda semejante desgracia. Desde este mismo dia quiero, mediante vuestra gracia, regocijar al cielo con mi perfecta conversion y mi vuelta á vos.

JACULATORIAS. — He andado errante como una oveja descarriada; buscad, ó Dios mio, á vuestro siervo. (*Psalms*. 118.)

Señor, salvad á una oveja extraviada, á un siervo que pone en vos toda su esperanza. (*Psalms*. 85.)

PROPOSITOS.

1 Cuanto mas bueno es el Señor para el pecador, mas criminal es el pecador si persiste en su rebelion contra un padre tan bueno: ninguna cosa demuestra mejor la justicia del castigo riguroso con que Dios castiga una malicia tan obstinada, como la obstinacion impia del pecador en su pecado. Penetrad bien todo el sentido de una parábola tan consoladora. Vosotros habeis enristricido, por decirlo así, largo tiempo á todo el cielo con vuestra vida licenciosa; podeis, pues, hoy regocijarle con vuestra sincera conversion á Dios; no difirais ni medio dia, ni un momento, el proporcionar á los santos ángeles un gozo que os es tan ventajoso. Si todavía no os habeis convertido, convertíos en este momento haciendo un acto de contricion perfecta y una buena confesion. Si os habeis ya convertido, ratificad vuestra conversion por la renovacion de la penitencia interior, y por nuevos actos de contricion que debeis repetir muchas veces en este dia.

2 No os contenteis con una conversion afectuosa, dad pruebas de ella por los efectos; ofrecedlas hoy mismo, ya haciendo una confesion mas amplia, ya haciendo una visita de cortesia á aquellos con quienes os habeis reconciliado, ya ejercitándoos en obras de misericordia. Haced una profesion mas declarada de piedad y de regularidad. Practicad algunas visitas al Santísimo Sacramento en las iglesias, sobre todo en aquellas adonde mas habeis concurrido en otro tiempo durante vuestros desarreglos, y estado con mas irreverencia. Dad alguna limosna extraordinaria con el fin de reparar las injusticias que hubiereis podido cometer, y que no podeis absolutamente conocer; y pensad muchas veces, durante este dia, qué es lo que significan las dos parábolas que se refieren en el Evangelio de la misa.

CUARTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

Si el domingo precedente se llama con razon en los leccionarios antiguos el domingo de la misericordia y de la bondad de Dios con los pecadores, porque todo el oficio de la misa, esto es, el introito, la Epístola y el Evangelio no predicán mas que esta gran misericordia; por la misma razon puede llamarse este cuarto domingo el domingo de la confianza en Dios, pues que todo el oficio de este dia nos ofrece grandes motivos para ello,

ya en el introito de la misa, ya en la Epístola y el Evangelio, en donde todo inspira esta dulce confianza.

La misa comienza por este versículo del salmo 26: El Señor me instruye en sus consejos; él vela en mi conservación; *el Señor es mi luz*, mi guía, mi apoyo, *mi salud*; toda mi confianza la tengo puesta en él; *¿á quién*, pues, *temeré?* ¿Qué enemigo puede espantarme, ni qué peligro puede hacerme temblar? Bajo de una protección semejante no podré perecer. Imagina alguno que sea mas poderoso que nuestro Dios, dice S. Agustín, y entonces tendrá fundamento tu temor y tu desconfianza. *El Señor es el defensor de mi vida*, y como dice el texto hebreo, el Señor es la fortaleza de mi vida; *¿podrán estremecerme ya los mayores peligros?* Líguense contra mí todos mis enemigos, véame yo en medio de las olas, agitado por los vientos mas furiosos, y amenazado á cada momento de un triste naufragio; siendo el Señor el defensor y la fortaleza de mi vida, nada hay que pueda espantarme. Agraviaria, ciertamente, á la omnipotencia, á la sabiduría infinita y á la bondad incomprendible de mi divino protector si yo temiese. Mi temor sería una insigne desconfianza; ¿y puedo yo ser capaz de esto despues de haber visto tantas veces que los mayores esfuerzos de mis enemigos han sido inútiles contra esta omnipotente protección? ¿Qué no han tentado los enemigos de mi salvación para perderme, ó al menos para turbarme y amedrentarme? ¿cuántas veces arrebatados del deseo de perderme, se han precipitado sobre mí como otras tantas bestias feroces, prontas para devorarme! vanos proyectos, inútiles esfuerzos, frívolas tentativas: ellos han pasado por la confusión de ver frustrados sus perversos designios, y se han visto obligados á reconocer su debilidad. Toda esa nube fecunda en granizo y en piedras se ha desvanecido cuando estaba para aniquilarme. ¡Oh, qué dichoso es el que pone toda su confianza en Dios! Sí, aun cuando yo viera todas las fuerzas, todas las potestades de la tierra y del infierno reunidas delante de mí como un cuerpo de ejército, yo me mantendría intrépido: la protección del Señor es una muralla que no pueden forzar todas las potestades juntas. David tenía una larga experiencia de esto, y por lo mismo jamás podia tener una confianza incierta en la protección de Dios. Un Goliath ufano por su monstruosa talla, y por la fuerza enorme de su brazo, vencido, aterrado, muerto por un niño, sin otras armas que una honda. Un ejército formidable de filisteos, hasta entonces siempre victorioso de las tropas de Israel, batido, deshecho, disipado por este ungido del Señor; toda la malignidad de la envidia de Saul eludida; en fin, David victorioso de todos sus

enemigos, pacífico ya en su trono despues de tantos peligros, tantas persecuciones y contratiempos, ¿podia tener menos confianza en la bondad y en la protección de su Dios?

La Epístola de la misa de este dia está tomada de aquel pasaje de la carta de S. Pablo á los romanos, en que el santo Apóstol dice que aquellos que han recibido por el bautismo el espíritu de adopción, que nos hace hijos de Dios y coherederos con Jesucristo de la gloria futura por la cual suspira todo fiel, cuentan por nada todo lo que hay que sufrir sobre la tierra para merecer la recompensa que nos está preparada en el cielo, adonde deben dirigirse todos nuestros deseos. Ordénase toda esta Epístola á inspirarnos un gran fondo de confianza y de ánimo en las mayores adversidades.

Estoy persuadido, dice el santo Apóstol, *que las aflicciones del tiempo presente no tienen proporcion alguna con la gloria futura que resplandecerá en nosotros*. Seria necesario comprender en esta vida lo que es esta gloria; seria necesario gustar sus dulzuras inefables, dulzuras castas, llenas, satisfactorias, que sobrepujan todo cuanto puede pensar ó conocer el entendimiento humano; seria necesario, en fin, estar como sumergido en el torrente de delicias con que Dios embriaga á sus elegidos, para ver la infinita desproporcion que hay entre lo que sufrimos en este lugar de destierro, y la recompensa que nos está preparada en la patria celestial. Por algunas sombras de humillación, ¡qué honor, qué gloria, buen Dios, en el cielo, en donde el menor de los santos es objeto de la admiración, del respeto, de la mas profunda veneración de los mas grandes monarcas del mundo! por algunos amagos de dolor, ¡qué torrente, qué abundancia de dulzuras las que Dios reserva para los que le sirven! En fin, por algunos momentos de dolores y aflicciones que huyen, una felicidad pura y perfecta que jamás debe acabarse. Nuestras aflicciones presentes, dice S. Pablo, que no duran mas que un momento, y que son tan ligeras, nos producen un peso eterno de gloria en un alto grado de excelencia superior á todo encarecimiento. (2. Cor. 4.) Y ciertamente la vida comparada con la eternidad no es mas que un instante indivisible é imperceptible. La misma proporcion que hay entre un punto de tiempo imperceptible y toda la eternidad incomprendible, esa misma es la que hay entre las aflicciones de esta vida y la gloria de la otra. Este es el dichoso hechizo que cambia en lágrimas de alegría las que hace derramar el dolor durante esta vida: yo peso lo que padezco con lo que espero, dice S. Agustín, y encuentro el peso de mis padecimientos infinitamente mas ligero

que el peso de gloria que producen. Todavía queda un momento de tribulacion; pero el reposo que sucederá á nuestras penas será eterno. Aquí abajo no se bebe mas que gota á gota el agua amarga de la tribulacion, en el cielo seremos inundados en un torrente de delicias que no se agotará jamás. Aunque la gloria de la otra vida no tenga proporcion alguna con nuestros trabajos considerados en sí mismos; sin embargo, Dios ha querido que esta gloria inmensa fuese adquirida con ellos á título de recompensa y de justicia. Pero para hacérsela merecer nos hace entrar en la participacion de los méritos de Jesucristo, y realza por su gracia el mérito de nuestros trabajos.

Por esto lo que mas esperan las criaturas, continua S. Pablo, es que brille esta gloria de los hijos de Dios. S. Agustin cree que por las criaturas deben entenderse aquí todos los fieles que suspiran por el fin de las miserias de esta vida, y que descubriendo á favor de las luces de la fe la felicidad que les está preparada en el cielo, y que es el objeto de su esperanza, desean con ansia, esperan con una santa impaciencia, piden con fervor el dichoso momento que debe ponerlos en posesion de esta bienaventurada herencia. Otros muchos santos Padres sienten que las criaturas significan aquí todos los hombres, y singularmente los gentiles, cuya vocacion á la fe, que debe ser el principio de su libertad, comienza ya á anunciarla el Apóstol. Llámase el Mesías en la Escritura, el deseado de las naciones. Habia largo tiempo, dice el sabio intérprete que hemos citado repetidas veces, habia mucho tiempo que los gentiles sentian el peso de sus miserias; gemian, y se hallaban tanto mas oprimidos, cuanto que tenian menos auxilios que los judíos para salir de ellas. Habialo Dios permitido así, para manifestar a su tiempo los tesoros de sus misericordias sobre ellos. Llegó por fin el dichoso momento en que debian ser reconciliados con su Dios. Las gracias que se les habian comunicado hacian sus miserias mas pesadas y mas sensibles, y les obligaban á dar en cierto modo los gritos que anunciaban su nacimiento espiritual al Evangelio. *Porque sabemos, dice, que hasta ahora todas las criaturas gimen y sufren los dolores del parto.*

El hombre no ha sido criado mas que para Dios: este es nuestro fin; Dios no ha podido criarnos para otro que para sí, y cualquiera otro fin que no sea este, es incapaz de satisfacernos. No tenemos mas que consultar sobre esto á nuestro corazon. Dios solo es el centro de nuestro descanso, fuera de él está nuestro corazon en una agitacion continua. La propension natural á todo hombre; la estrema pasion que tenemos á ser di-

chosos, no puede satisfacerse aquí abajo. Despues de mas de seis mil años que hace que los hombres trabajan para ser felices, ninguno ha podido hallar todavía un reposo lleno y perfecto que haya fijado todos sus deseos: siempre queda un vacío infinito que no son capaces de llenar todos los objetos criados; no ha sido el hombre hecho para ellos: menester es que se eleve hasta Dios, y desde el momento que toma este partido, encuentra una paz, una dulzura que no ha encontrado en otra parte; señal evidente de que Dios es su fin, y el centro de su reposo: *Hicistenos, Señor, para ti*, dice S. Agustin, *y nuestro corazon está inquieto hasta que repose en ti.* Solo, pues, en el cielo se encuentra el perfecto descanso, la felicidad plena y perfecta; por ella suspira naturalmente todo hombre, aun cuando la mayor parte no conozca en donde está el centro de su reposo y de su felicidad. Los judíos eran los únicos que poseian este conocimiento. De los demás pueblos puede decirse que lo deseaban sin saber en donde se hallaba. Jesucristo ha venido á mostrarle á todas las naciones de la tierra, y el cristianismo las enseña en donde está, y donde se encuentra esta felicidad inseparable del soberano bien, por la cual suspira naturalmente todo hombre, y que no es posible encontrar aquí abajo. Esta dicha, esta felicidad de la otra vida es la que hacia gemir todavía mas á los apóstoles y á todos los primeros fieles por el ardiente deseo que tenian de que se les llamase de este lugar de destierro para ir á gozar de aquella gloria celestial, de la cual tenian tan alta idea. Cuanto mas ilustrado está uno con las luces de la fe, con mas ardor ama á Jesucristo, y mas suspira por la mansion de la celestial Jerusalem. *Yo deseo con ardor*, decia S. Pablo, *no vivir mas, ni estar mas que con Jesucristo.* (Philip. 1.) En el mismo sentido dice aquí el santo Apóstol, que no son solo los gentiles los que suspiran por su libertad: *Nosotros mismos que hemos recibido las primicias del Evangelio, nosotros que hemos sido santificados por el Espíritu Santo, esperamos tambien el entero cumplimiento de nuestra adopcion*, esto es, la gloria, que es la perfeccion y el efecto de la adopcion. Nosotros suspiramos sin cesar por la patria celestial, y nos lamentamos viéndonos todavía detenidos en este lugar de nuestro destierro.

La pesca milagrosa que Jesucristo concedió á S. Pedro en el mar de Tiberiades es el asunto del Evangelio de este dia.

Habiendo recorrido el Salvador la Judea, la Galilea, la comarca llamada *Decápolis*, porque comprendia diez ciudades, y el pais del otro lado del Jordán, haciendo por todas partes mucho bien, y obrando en todas un gran número de milagros, se

vió muy pronto seguido de una multitud que no le dejaba descansar. Estando un día en la orilla del lago de Genesareth, que también se llamaba mar de Tiberiades, viendo que la multitud que le sofocaba crecía por momentos, advirtió cerca de él dos barcas atadas á la orilla, mientras los pescadores habían saltado en tierra para lavar sus redes. Habiendo entrado en una de las dos, que era la de Simon, pidió á éste que la alejase un poco de la ribera, y sentado en ella desde allí instruía al pueblo. No sin misterio, entre las dos barcas, eligió Jesucristo la de Simon. *Porque ¿qué otra cosa, dice S. Gregorio, nos indica la barca de Pedro, á la cual sube Jesucristo para instruir al pueblo, sino la Iglesia que debe ser confiada al cuidado de Pedro?* Solo, pues, en esta Iglesia confiada á Pedro y á sus sucesores, dicen los intérpretes, es en donde Jesucristo nos instruye: ella es la fuente pura en donde bebemos la verdad sin mezcla; fuera de esta barca no hay mas que peligros y naufragio; fuera de esta sola Iglesia no hay salvación.

Después que el Salvador hubo instruido á aquel pueblo, ansioso de la palabra de Dios, hizo un magnífico milagro, cuyas circunstancias todas son otros tantos misterios. Dijole á Pedro que se engolfase y avanzase á alta mar, y le mandó que echase las redes para pescar. No era en la Judea, significada por la orilla, en donde el Evangelio debía hacer las mayores conquistas; era sí en alta mar en donde debía hacerse la abundante y maravillosa pesca; esto es, en medio de las naciones, y hasta en el centro del paganismo era en donde Jesucristo debía triunfar por la conversión de los gentiles. *A vosotros era, decían S. Pablo y S. Bernabé hablando á los judíos, á vosotros era á quienes debía anunciarse primeramente la palabra de Dios; pero pues la rechazáis, y vosotros mismos os juzgáis indignos de la vida eterna, por esto nos convertimos á los gentiles.*

Señor, le respondió S. Pedro, *hemos trabajado toda la noche, que era el tiempo mas á propósito para la pesca, y no hemos cogido nada; sin embargo, aunque naturalmente no debiésemos esperar de día suerte mas ventajosa, voy á echar la red en virtud de vuestra palabra. Echóla, en efecto, inmediatamente; su fe, aunque débil todavía y naciente, le elevó sobre su razón y su experiencia; y no dejó por tanto de ser recompensada liberalmente. No bien hubo arrojado la red, cuando se llenó de peces en tan prodigiosa cantidad que la red se rompía, y los mismos pescadores no tenían fuerza para sacarla, de modo que fué necesario que hiciesen señas á sus compañeros, que estaban en la otra barca, para que viniesen á ayudarles. Vinie-*



ron, pues, y encontraron una pesca tan abundante que las dos barcas se llenaron; y de tal modo las cargaron que faltó poco para que no se fuesen á fondo. Todo es misterioso, y todo está lleno de instruccion en esta milagrosa pesca. Pedro y sus compañeros habian de su motu propio pescado toda la noche, se habian fatigado y sudado mucho, sin haber cogido nada; una vez sola echan la red por mandato de Jesucristo, y sin trabajar mucho sacan bastante cantidad de peces para llenar dos barcas. La pesca es aquí la figura del ministerio evangélico: para ejercerle con fruto es preciso ser llamado á él por Jesucristo, estar animado de su espíritu, y no trabajar en él sino por mandato. Trábase, tómanse grandes fatigas, pero todas inútiles cuando es el hombre solo el que trabaja. Jamás se gana cosa alguna, antes se pierde todo, trabajo, estudio, sudores, cuando en el trabajo se busca uno á sí mismo. ¡Cuántos harán algun día esta triste confesion! Intrusos en el sagrado ministerio, ¡qué de trabajos sin frutos! animados de un espíritu de vanidad y conducidos por miras poco puras, movidos por una vivacidad enteramente natural, ¡qué de zelos infructuosos, ó al menos sin mérito! Cuando no se obra mas que por el natural, cuando no se hace mas que la propia voluntad, cuando no se sigue otra cosa que el humor y el capricho, se trabaja, se fatiga uno mucho; pero siempre se fatiga de noche y sin fruto. Hay cierta clase de personas que al parecer debian estar muy ricas en buenas obras y en méritos, *varones de riquezas*, como habla el Profeta; pero que no habiendo trabajado mas que por la noche, no han sido ricos ni poderosos mas que como un sueño, y no habiéndose despertado hasta la muerte, se han encontrado con las manos vacías, y todos sus trabajos perdidos. S. Pedro y S. Andrés llaman á los de la otra barca para que vengan á participar con ellos de la pesca que habian hecho: ¡desgraciados los ministros de Jesucristo que llevados de unos zelos criminales querrian mas ver perecer una parte del rebaño que partir sus solicitudes con otros, con solo el objeto de llevarse ellos solos el honor!

Asombrado Simon Pedro de este milagro se arroja á los pies de Jesus, y todo fuera de sí esclama: Alejaos de mí, Señor, porque soy un pecador indigno de ponerme en vuestra presencia. Estas palabras no significan otra cosa que un respeto profundo del santo Apóstol al Salvador, y un temblor santo producido por un milagro tan insigne. En este mismo sentido hablaba el Centurion cuando no se creia digno de recibir en su casa á Jesucristo. Siempre son agradables al Señor estos humildes sentimientos. Nada hay que nos haga menos indignos de estar

con Jesucristo que la convicción en que estamos, y la confesion sincera que hacemos de nuestra indignidad; esta es la disposicion que debemos tener cuando recibimos á Jesucristo en la sagrada comunion. Ninguna cosa gana tanto el corazon de Dios, como una humildad pura y sincera. Esta virtud apenas se encuentra separada de las demás, y sobre todo de la verdadera contricion. Santiago y Juan y todos los demás que estaban con Simon Pedro no quedaron menos pasmados de la maravilla de que habian sido testigos; su admiracion llegó hasta una especie de pavor lleno de respeto que ordinariamente causa la vista de una cosa maravillosa é inesperada; pero el Salvador les aseguró, y dirigiéndose á Pedro le dijo: No temais, yo os he escogido para otra especie de pesca; no serán ya peces los que cogereis sino hombres. La pesca material y sensible que hizo aquí S. Pedro fué como el símbolo del ministerio apostólico y espiritual á que el Hijo de Dios los elevaba por su eleccion, á la manera pecó mas ó menos que en los sacramentos se sirve Jesucristo de los signos sensibles para significar la gracia espiritual que obran. La gracia acompañó á esta divina vocacion, y desde este momento habiendo S. Pedro, S. Andrés, Santiago y S. Juan dejándolo todo para siempre, no dejaron ya mas á su buen Maestro. Hasta aquí, aunque los apóstoles habian abrazado ya la doctrina de Jesucristo y se habian declarado discípulos suyos, no habian aun renunciado á todo lo que poseian, conservaban todavia su casa, su barca y sus redes; y se ejercitaban en su tráfico ordinario. Esta fué la tercera y última vocacion en la que lo abandonaron todo para adherirse únicamente á Jesucristo.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Da nobis, quæsumus, Domine; ut et mundi cursus pacificè nobis tuo ordine dirigatur: et Ecclesia tua tranquilla devotione letetur. Per Dominum...

Concedednos, Señor, por vuestra bondad que el curso de este mundo, que está sometido á las reglas y á las órdenes de vuestra divina Providencia, sea quieto y tranquilo, á fin de que gozando vuestra Iglesia de reposo y de sosiego os testifique con su alegría el ardor de su piedad. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola que hoy se lee en la misa es del capítulo 8 de la carta del apóstol S. Pablo á los romanos.

Fratres: Existimo quòd non sunt condignæ passionēs hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis. Nam expectatio creaturæ revelationem filiorum Dei expectat. Vanitati enim creatura subjecta est non volens, sed propter eum, qui subjecti eam in spe: quia et ipsa creatura liberabitur à servitute corruptionis in libertatem gloriæ filiorum Dei. Scimus enim quòd omnis creatura ingemiscit, et parturit usque adhuc. Non solum autem illa, sed et nos ipsi primitias spiritus habentes, et ipsi intra nos gemimus, adoptionem filiorum Dei expectantes, redemptionem corporis nostri: in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos míos: Estoy persuadido que las aflicciones del tiempo presente no tienen proporcion alguna con la gloria futura que resplandecerá en nosotros. Así es que lo que esperan mas las criaturas es que brille la gloria de los hijos de Dios, porque ellas están sujetas á la vanidad, no de su grado, sino por disposicion de aquel que las ha sujetado á ella en la esperanza de que serán libres algun dia de la corrupcion á que estaban sujetas, para pasar á la libertad que hace la gloria de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta ahora todas las criaturas gimen y sufren los dolores del parto. Y no solamente ellas, sino tambien nosotros mismos que tenemos las primitias del espíritu. Sí, nosotros mismos gemimos dentro de nosotros, esperando la adopcion de los hijos de Dios, y la libertad de nuestro cuerpo en Jesucristo nuestro Señor.

«La Epístola de S. Pablo á los romanos pasa por la mas sublime y mas sabia de todas las que ha escrito el santo Apóstol. La doctrina de la gracia, de la predestinacion, de la reprobacion, y todo lo mas elevado del dogma, está explicado en ella con una precision y una limpieza que manifiesta bien que es el Espíritu Santo el que la ha dictado.»

REFLEXIONES.

Estoy persuadido que las aflicciones del tiempo presente no tienen proporcion alguna con la gloria futura que resplandecerá en nosotros. Ninguna con respecto á la duracion; porque ¿qué es un puñado de días que dura la vida mas larga, comparada con la duracion eterna que debe ser la medida de la gloria futura? Ninguna con respecto al número y á la cualidad de las aflicciones que pueden padecerse en esta vida. El Apóstol no habla simplemente de las aflicciones de un estado ó de una condicion particular: habla de las aflicciones del tiempo presente, de las aflicciones que nacen con nosotros, cuyos principios al menos traemos dentro de nosotros mismos al nacer. El cuerpo tiene sus aflicciones, dolores, alteracion en la sangre, desarreglo en los humores: ¡ah, Dios mio! ¡á qué infinito número de enfermedades no está sujeto el hombre durante su vida! enfermedades hereditarias; enfermedades crónicas, accidentales, incurables; predominacion de algun humor, flaqueza de los resortes; no hay sentido alguno que no esté sujeto á algun trastorno en sus órganos. Lo mismo que alimenta el cuerpo le consume, hasta el sueño le fatiga, muchas veces le daña el mismo descanso. El espíritu tiene sus aflicciones, y no son estas las menores: dudas sospechosas, temores, espantos, perplejidades, todo es suplicio, tanto mas insoportable, cuanto que no tiene remedio. ¡Cuanto no nos hace sufrir nuestra imaginacion! ingeniosa para atormentarnos á falta de motivos reales, ¿cuantos fantasmas no nos presenta con que nos hace padecer? ella tiene el secreto de inquietarnos solo con sus imágenes. Puede decirse que la imaginacion es el tirano de todos los hombres, ninguno hay que no sea su esclavo, ninguno que no le deba la mayor parte de sus inquietudes y de sus disgustos. Las aflicciones, en fin, del tiempo presente son universales. El corazon siente vivamente todas las del cuerpo y del espíritu, y él tiene tambien las suyas particulares, las cuales son tanto mas amargas, cuanto que estinguen todo vislumbre de consuelo y de gozo. Siendo las aflicciones de por vida, son frutos de todas las estaciones y de todas las tierras. Los días mas bellos suelen oscurecerlos las nieblas mas densas, y ¿qué edad, qué condicion es la que goza de una calma duradera? Los grandes viven entre el esplendor y la abundancia; pero ¿son por esto sus días mas serenos? sujetos á las mismas enfermedades que el mas vil de sus súbditos, ¿está su corazon menos destruido por sus pasiones? ¿su espíritu está siempre tranquilo? Las

inquietudes, los temores, los disgustos y las enfermedades no respetan ni los grandes nombres, ni la púrpura ni el trono; y si las aflicciones interiores no fuesen invisibles, lo que nos parece un objeto de envidia lo veríamos con frecuencia como un motivo de compasion. En cualquiera estado, pues, que nos encontremos, no pensemos en ponernos al abrigo de las aflicciones; tratemos sí de hacer que nos sean fructuosas. El buen uso que hiciéremos de ellas para el cielo es el único secreto para que no sean menos amargas; sobre todo si tenemos presente la gloria que debe ser el fruto y la recompensa de este buen uso. No hay proporcion entre las humillaciones, las penas, las adversidades, las cruces de esta vida y la eternidad bienaventurada, la corona de gloria, la felicidad plena, satisfactoria, inalterable, que está prometida á los que sufren con corazon y espíritu cristiano. En este mundo no sentimos las aflicciones mas que gota á gota, mientras que por toda la eternidad estaremos como sumergidos; por decirlo así, y como anegados en un torrente de delicias puras. Aquí cada día abrevia la duracion de nuestras aflicciones; en el cielo en cada momento se goza toda la eternidad de una dicha llena, que es y será siempre de un nuevo gusto, sin que pueda nunca acabarse. Aquí, en fin, endulza Dios con la uncion de su gracia las mas duras penas; en el cielo se complace Dios en embriagarnos, por decirlo así, en cada momento con su propia felicidad, segun la espresion del Profeta.

El Evangelio de la misa de este día es segun S. Lucas, capitulo 5.

In illo tempore: Cum turbæ irruerent in Jesum, ut audirent verbum Dei, et ipse stabat secus stagnum Genesareth. Et vidit duas naves stantes secus stagnum: piscatores autem descenderant, et lavabant retia. Ascendens autem in unam navim, quæ erat Simonis, rogavit eum à terra reducere pusillum. Et sedens, docebat de navicula turbas. Ut cessavit autem loqui, dixit ad Simonem: Duc in altum, et laxate retia vestra in capturam. Et respondens

En aquel tiempo: Agolpándose el pueblo en tropas para oír la palabra de Dios, oprimía á Jesus que estaba á la orilla del lago de Genesareth. Vió, pues, allí dos barcas paradas; habian salido de ellas los pescadores y estaban lavando sus redes. Habiendo entrado en una de las barcas, que era la de Simon, le rogó que se alejase un poco de la ribera; y habiéndose sentado, instruía al pueblo desde dentro de la barca. Luego que hubo acabado su dis-

Simon, dixit illi: Præceptor, per totam noctem laborantes, nihil cepimus: in verbo autem tuo laxabo rete. Et cum hoc fecissent, concluserunt piscium multitudinem copiosam: rumpebatur autem rete eorum. Et annuerunt sociis, qui erant in alia navi, ut venirent, et adjuvarent eos. Et venerunt, et impleverunt ambas naviculas, ita ut pene mergerentur. Quod cum videret Simon Petrus, proci-dit ad genua Jesu, dicens: Exi à me, quia homo peccator sum, Domine. Stupor enim circumdederat eum, et omnes qui cum illo erant, in captura piscium, quam ceperant. Simi-liter autem Jacobum et Joannem, filios Zebedæi, qui erant socii Simonis. Et ait ad Simonem Jesus: Noli timere: ex hoc jam homines eris capiens. Et subductis ad terram navibus, relictis omnibus secu-li sunt eum.

curso, dijo á Simon: Llévanos á alta mar, y echa tus redes para pescar. Señor, le respondió Simon, toda la noche nos hemos fatigado y nada hemos cogido; pero pues vos me lo mandais echaré la red. Y habiéndolo hecho así, cogieron tan gran cantidad de peces, que se les rompía la red. Entonces hicieron señas á sus compañeros, que estaban en la otra barca, para que viniesen á ayudarles. Vinieron en efecto, y se llenaron las dos barcas de suerte que quasi se iban á fondo. Viendo esto Simon Pedro, dijo á Jesus: Apartaos de mí, Señor, porque soy un pecador; á vista de la pesca que acababan de hacer, tanto él como los que estaban con él se habian asombrado extraordinariamente, igualmente que Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, que eran compañeros de Simon. Jesus entonces dijo á Simon: No temas, de hoy en adelante la pesca que harás será de hombres. Y habiendo echado las barcas á tierra lo dejaron todo, y le siguieron.

MEDITACION.

De la renuncia que debemos hacer de todo lo que mas amamos por amor de Jesucristo.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el Evangelio no anuncia mas que la humildad, la mortificacion y la penitencia, ni predica en todas partes otra cosa que la renuncia á las mas dulces aficiones del mundo, hasta decirnos que si no nos aborrecemos á nosotros mismos, no seremos jamás discipulos de Jesucristo. ¿Qué nos pa-

rece? conforme á este plan ¿tiene Jesucristo el día de hoy muchos discipulos?

¿Qué cosa mas loable, ni mas justa, que el amar á sus prójimos? Dios hasta nos ha impuesto un precepto de ello; sin embargo, cuando se trata de los intereses de Dios, es renunciar á él el no renunciar al amor de la carne y de la sangre, el no aborrecerse á sí mismo. Si alguno viene á mí (esta espresion comprende todos los estados y todas las condiciones de las personas cristianas) si alguno viene á mí sin aborrecer á su padre, á su madre, etc., sin aborrecer á su propia persona, no puede ser mi discipulo. No hay nada mas positivo, nada mas claro. Este oráculo no tiene necesidad de esplicacion; ¿pero es muy de nuestro gusto esta moral? ¿está muy en uso en el día de hoy?

¿Ceden siempre los intereses de familia á los deberes de la religion? ¿No se escucha jamás la carne y la sangre en perjuicio de la conciencia? En los negocios, en los placeres, en los proyectos de establecimiento y de fortuna, ¿es Dios solo á quien se consulta, es él solo á quien se escucha? ¿ninguna otra cosa entra en concurrencia con él? Ciertamente que Dios merece bien poco, si no merece todo nuestro corazon. ¿Y qué impiedad no es colocar el arca con el idolo de Dagon en el mismo templo? ¡Dios mio! ¡qué mal concuerdan nuestras costumbres con nuestra creencia! Nosotros creemos á vuestras palabras, y nada hacemos de lo que ellas significan. Nuestras obras desmienten visiblemente nuestra fe.

No permitais, Salvador mio, que esta confesion solo sirva para hacerme todavía mas criminal. Vos me asegurais que debo aborrecerme si quiero ser discipulo vuestro. Sí, quiero serlo, y quiero que mi conducta de hoy en adelante sea una prueba de mi sincera voluntad.

PUNTO SEGUNDO. — Considera cuan grosero y pernicioso sería el error de aquella persona, que oyendo estas palabras de Jesucristo: *Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre y á su madre, etc. y aun á su propia persona, no puede ser mi discipulo*, se persuadiese que sería verdadero discipulo de Jesucristo, sin tener este odio evangélico, amándose únicamente á sí mismo, y no pensando mas que en su ambicion, su placer, y sus propios intereses. Prescindamos por un momento de nuestras antiguas preocupaciones. No hagamos caso de la autoridad de nuestro amor propio: ¿hacemos por ventura otra cosa? ¿Queremos acaso otra cosa que lo mismo que condenamos?

¡Ah! Estamos de tal modo llenos de nosotros mismos, tan esclavos de nosotros mismos, que somos, por decirlo así, nuestro ídolo, á quien ofrecemos sin cesar algun sacrificio, á quien hacemos votos; á quien sacrificamos nuestra propia salud, sacrificando hasta los intereses de Dios.

Comparando nuestra conducta con la de los mártires, ¿no se diría que aquellos tenían otro Evangelio? Digámoslo mejor: nosotros no tenemos otro Evangelio; pero ¿no es la mas ridicula de las extravagancias, tener valor para lisonjearnos de ser discípulos del mismo maestro, y de seguir la misma doctrina que los mártires? Si yo paso mi vida entre la alegría y los placeres; si no busco mas que lo que halaga mis sentidos y mi codicia; si alimento y sigo mis pasiones; si no me ocupo mas que de satisfacer mi amor propio; ¿sirvo yo al mismo dueño que los mártires? ¿sigo la misma ley? ¿Qué razon tengo yo, pues, para esperar la misma recompensa? Una mujer que vive en la molición, ¿tendrá la misma bienaventuranza que una Sta. Inés? Un hombre que no ansia mas que por los placeres, ¿será tan dichoso como un S. Timoteo?

Vos me mandáis, Señor, que me aborrezca. ¿Y tengo yo acaso un enemigo mayor de mi verdadero bien que yo mismo? ¿Qué odio, pues, mas racional? ¿No es en verdad amarnos el aborrecernos de este modo?

Concededme, Señor, este odio santo de la carne y de la sangre, este odio saludable de mí mismo, y que no olvide jamás que quien ama alguna cosa tanto como á vos, no es digno de vos.

JACULATORIAS.—Yo no puedo serviros ni amaros, Señor, si no me desposo con vuestra cruz, y si no me aborrezco para no amar mas que á vos. (*Exodo 4.*)

¿Deseo yo, ni apetezco otra cosa que á vos, Dios mio, en la tierra, ni en el cielo? (*Psalm. 72.*)

PROPOSITOS.

1 Comenzad desde este día á amar á Dios con aquel amor de preferencia, que le asegure de tal modo el primer lugar en vuestro corazón, que para conservarles esteis en disposición de sacrificarles bienes, placeres, amigos, parientes, la vida misma; y para esto tomad una resolución firme de no querer, ni emprender cosa alguna, sin que antes lo consultéis con Dios, siguiendo siempre su voluntad. No os fieis de vuestras luces; el

amor propio ciega. No hagais nada de consideracion, sin que primero tomeis parecer de un sabio y celoso director.

2 Examinad si estais demasadamente apegados á vuestra familia, ó á vuestros intereses temporales. Tiénense algunas veces ciertas predilecciones por los hijos, las cuales introducen la disension y los zelos en las familias. Las amistades particulares no son menos odiosas, ni menos perniciosas en las comunidades; todas estas distinciones, todas estas preferencias, son efectos de nuestro amor propio. Tengamos un amor reglado á nuestros parientes y á nosotros mismos, no se esclavice nuestro corazón á la pasión, y entonces no cometeremos ya injusticias. Dios debe preceder á todo, este es su propio lugar. Sufocad, al mismo tiempo, ciertas sensibilidades, corregid cierto refinamiento de delicadeza y de blandura, que prueban que os amais demasiado. El amor propio es un enemigo astuto y doméstico, tanto mas temible, quanto menos se desconfia de él. Cuando nos lisonjea, entonces nos vende. Siempre de inteligencia con nuestras pasiones, turba sin cesar nuestro reposo, y pone en gran peligro nuestra salvacion. Tomad hoy la resolución de no contemplarle mas, de combatirle sin descanso hasta vencerle. El se desliza en todas partes; no le perdoneis en ninguna: se nutre de nuestras conveniencias y comodidades; cercenad todo lo que no es absolutamente necesario. La mortificacion sola le debilita; determinad hoy las que hubiereis de hacer. La mortificacion de los sentidos es el suplicio del amor propio; privaos de todas las satisfacciones que no tienden mas que á hacerle mas fiero. Por mas contrario que sea á la devocion, suele avenirse con muchos de los que hacen profesion de devotos. Hacedle una perpetua guerra.

DOMINGO QUINTO DESPUES DE PENTECOSTES.

Como la denominacion del oficio de la misa de los domingos despues de Pentecostés se les ha dado del asunto del Evangelio que se lee en ella, este quinto domingo se llamaba antiguamente el domingo de la pesca, porque se leía en él la historia que el Evangelio refiere de la pesca prodigiosa que hizo S. Pedro en virtud de la palabra de Jesucristo, y que hace ya muchos siglos es el asunto del Evangelio del domingo cuarto. Llámasele hoy el domingo de la perfeccion de la ley de Jesucristo, sobre la ley antigua que se habia dado á los judíos por el ministerio de Moisés; porque el Evangelio que la Iglesia ha fijado á este día, declara que la mayor perfeccion de la antigua ley no basta para la